

con objeto de seguir paso á paso todas las circunstancias de una excavacion curiosísima bajo todos aspectos, y hallé tan cómoda aquella morada, colocada al lado de la casa de Salustio, que la preferí á los palacios inmediatos al Foro.

»Mucho se ha escrito sobre Pompeya; pero tambien se ha desvariado notablemente. Por ejemplo, un sabio llamado Matorelli se ocupó durante dos años enteros en redactar una enorme memoria para probar que los antiguos no habian conocido las vidrieras, y quince dias despues de la publicacion de su in-folio, se descubrió una casa cuyas ventanas estaban cerradas con vidrios. Necesario es convenir, no obstante, que los antiguos no eran muy amigos de esta clase de huecos, pues comunmente la luz entraba por la puerta; pero en las casas de los patricios se veian hermosos cristales, tan transparentes como nuestros vidrios de Bohemia, y que se ajustaban con listones de bronce, de mucho mejor gusto que los nuestros, de madera.

»Un viajero de mucho genio y talento, que ha publicado algunas cartas sobre la Morea, y con él otros muchos, han extrañado que las modernas construcciones de Oriente sean absolutamente semejantes á las de Pompeya; pero reflexionando un poco, nada mas natural que esta semejanza. Las artes en general han nacido en Oriente, y esto no debian nunca olvidarlo cuantos se dedican al estudio y desean ilustrar la opinion.

»Continuáanse las excavaciones con mucha perseverancia, orden y cuidado, intentando descubrir un nuevo cuartel y soberbias termas, y en una de las salas que he visto, he observado con sorpresa tres sillas de bronce, de forma enteramente desconocida y de una construccion bellísima. En una de ellas estaba colocado el esqueleto de una mujer, cuyos brazos se hallaban cubiertos de alhajas; y en la otra habia brazaletes de oro, de forma ya conocida: examiné un collar, de trabajo ciertamente maravilloso, y puedo asegurar seria imposible que nuestros mas hábiles diamantistas hicieran cosa mas preciosa, ni de mejor gusto.

»Difícil es pintar el placer que se experimenta al tocar aquellos objetos en los mismos sitios en que han reposado tantos siglos, y antes que la ilusion desaparezca. Una de las ventanas estaba cerrada con hermosos vidrios, que se han trasladado al museo de Nápoles.

»Las alhajas fueron transportadas al palacio real, siendo á pocos dias objeto de una exposicion pública.

»Pompeya ha permanecido veinte siglos oculta en las entrañas de la tierra, y aun cuando las naciones han pasado sobre su suelo, sus monumentos han permanecido en pié y sus adornos intactos. Si reviviera un contemporáneo de Augusto, podria decir: «Salud, ¡oh patria mia, mi morada es la única que ha conservado su forma sobre la tierra, y con ella hasta los mas triviales objetos de mi afecto. Hé aquí mi lecho; hé aquí mis autores favoritos. Mis pinturas están aun tan frescas como el dia en que la mano ingeniosa del artista adornó con ellas mi vivienda. Recorramos la ciudad, vamos al teatro y en él reconoceré el sitio donde aplaudí por primera vez las bellas escenas de Terencio y Eurípides.»

»Roma es un vasto museo: Pompeya es una antigüedad viva.»

ADVERTENCIA DE LA EDICION DE 1827.

Nada de particular tengo que decir acerca del *Viaje á América* que va á leerse; la narracion, así como el asunto de los *Natchez*, está sacada del manuscrito original de los mismos *Natchez*, y por lo tanto, este *Viaje* encierra su comentario y su historia.

Todas mis obras mencionan con frecuencia mi paso por América, y aun cuando habia pensado recoger y colocar por orden de fechas en mi relato, todas esas reminiscencias, he renunciado á este propósito para evitarme un doble trabajo, y solo me he circunscrito á recordar aquellos pasajes, citando algunos que me han parecido necesarios para la inteligencia del texto, y son de corta extension.

En la *Introduccion* he insertado un fragmento de las *Memorias de mi vida*, para que el lector se familiarice con el jóven viajero á quien va á seguir á Ultramar; y en cuanto á la redaccion, diré que he corregido con esmero la parte escrita anteriormente, siendo del todo nueva la que describe los hechos posteriores á 1794, que nos conducen hasta nuestros dias.

Al hablar de las repúblicas españolas, digo (hasta donde me es permitido decir) lo que hubiera deseado hacer en pro de aquellos Estados nacies, cuando mi posicion política me daba influencia en los destinos de los pueblos; pero debo, no obstante advertir que, no he tratado este gran negocio sin tener presente cuanto necesitaba para ilustrarme en él, habiendo hojeado muchos volúmenes impresos y *Memorias inéditas* para componer una docena de páginas. He consultado además á personas que han viajado y residido en las repúblicas españolas, y soy deudor á la atencion del caballero Esmenard, de datos preciosos sobre los empréstitos americanos.

El prefacio que precede al *Viaje á América* es una especie de historia de los viajes, y presenta al lector el cuadro general de la ciencia geográfica, ó mejor dicho, el itinerario del hombre por el globo.

Respecto á mis *Viajes por Italia*, solo era conocida del público mi carta dirigida desde Roma á Mr. de Fontanes, y algunas páginas acerca del Vesuvio: las cartas y notas que se han unido á estos opúsculos, no habian visto aun la luz pública.

Los *Cinco dias en Auvernia*, trozo inédito, siguen, en el orden cronológico á las Cartas y Notas sobre Italia.

El *Viaje al Monte Blanc* vió la luz en 1800, pocos meses antes de mi partida para Grecia.

PREFACIO.

Los viajes son una de las fuentes de la historia, pues por medio de las narraciones de los viajeros se hermana la historia particular de cada país con la de las naciones extrañas.

Los viajes se remontan hasta la cuna de la sociedad, y los libros de Moisés nos cuentan, las primeras emigraciones de los hombres. En estos libros vemos al patriarca conducir sus ganados en las llanuras de Canán, al árabe vagar por sus solitarias arenas, y al fenicio explorar las mares.

Moisés hace salir la segunda familia de los hombres, de las montañas de Armenia, punto central de las tres grandes razas, cobriza, negra y blanca: indios, negros y celtas ú otros pueblos del Norte.

Los pueblos pastores reconocen por padre á Sem, los comerciantes á Cam, y los militares á Jafet. Moisés puebla la Europa con los descendientes de Jafet, y los griegos y romanos consideran á Japeto como el padre de la especie humana.

Homero, bien haya existido un poeta de este nombre, bien sean las obras que se le atribuyen una coleccion de las tradiciones griegas, nos ha dejado en la *Odisea*, el relato de un viaje, transmitiéndonos por su conducto las ideas que en la primera antigüedad existian acerca de la configuracion de la tierra, cosmografía conforme con la de Hesiodo: segun aque-

llas ideas, la tierra representaba un disco circundado por el rio Océano.

Herodoto, padre de la historia, como Homero lo es de la poesia, fue como este un viajero; recorrió el mundo conocido en su tiempo, y ¿con qué encanto no ha descrito las costumbres de los pueblos? En aquella época no existian aun mas que algunas cartas de las costas, trazadas por los navegantes fenicios, y el mapamundi de Anaximandro, corregido por Hecateo, que escribió tambien un itinerario del mundo, citado por Estrabon.

Herodoto es el único que distingue bien dos partes de la tierra, la Europa y el Asia, pues la Libia ó el Africa, segun él, no eran otra cosa que una vasta península de esta última region. Marca tambien los caminos de algunas caravanas en el interior de la Libia, y da una sucinta relacion de un viaje al rededor de Africa. Necos rey de Egipto, protegió la navegacion de unos fenicios del golfo árabe, quienes volviendo á este país por las columnas de Hércules, despues de haber invertido tres años en llevar á efecto su navegacion, contaron á los admirados pueblos que habian visto al sol á su derecha. Tal es el hecho contado por Herodoto.

Los antiguos, como nosotros, tuvieron dos especies de viajeros; unos que recorrían la tierra, y otros que visitaban los mares. Próximo á la época en que escribió Herodoto, el cartaginés Hannon realizó su *Periplo*, quedándonos asimismo algunos restos de la compilacion de las excursiones marítimas de su tiempo, hechas por Scylax.

Platon nos ha dejado la novela de aquella Atlántida, en la que se ha querido descubrir la América, y Eudoxio, compañero de viaje del filósofo, compuso un itinerario universal, en el cual unió la geografía á las observaciones astronómicas.

Hipócrates visitó los pueblos de la Escitia, y aplicó los resultados de su experiencia al alivio de la especie humana.

Jenofonte ocupa un lugar ilustre entre aquellos viajeros armados, que contribuyeron á hacernos conocer la morada que habitamos.

Aristóteles, que se adelantó á su siglo, creia que la tierra era esférica, y calculaba su circunferencia en 400,000 estadios, pensando como Cristóbal Colon, que las costas de la Hesperia estaban en frente de las de la India. Tenia una idea vaga de Inglaterra é Irlanda, á las que denominaba Albion y Jerna, y aun cuando no le eran desconocidos los Alpes, los confundia con los Pirineos.

Dicearco, uno de sus discípulos, hizo una descripcion encantadora de la Grecia, de la cual solo poseemos algunos fragmentos, en tanto que otro discípulo de Aristóteles, Alejandro el Grande, llevaba el nombre de la misma Grecia hasta las fronteras de la India. Las conquistas de Alejandro obraron una revolucion en las ciencias como en los pueblos.

Androstenes, Nearco y Onesicrito, reconocieron las costas meridionales del Asia, y despues de la muerte de Filipo, Seleuco Nicanor penetró hasta el Ganges; Patrolo, uno de sus almirantes, navegó en el Océano Indio. Los reyes griegos de Egipto abrieron un comercio directo con la India y la Trapobana; Tolomeo Filadelfo envió á la India geógrafos y flotas; Timostenes publicó una descripcion de todos los puertos conocidos, y Eratóstenes cimentó sobre bases matemáticas un sistema completo de geografía. Las caravanas que hacían el comercio, penetraban en la India por dos caminos diferentes, uno de los cuales terminaba en Palibotra, descendiendo por el Ganges, y el otro circuía los montes Imatis.

El astrónomo Hiparco anunció una dilatada tierra que debia unir la India al Africa, profetizando ya el universo de Colon.

La rivalidad de Roma y Cartago hizo viajero á Po-

libio, y le condujo á visitar las costas del Africa hasta el monte Atlas, con el fin de conocer á fondo el pueblo, cuya historia queria escribir. Eudoxio de Cirica intentó dar la vuelta al Africa por el Oeste, en los reinados de Tolomeo Fiscon y Tolomeo Latur, y buscó una ruta mas directa para pasar desde los puertos del Golfo Árabe á los puertos de la India.

Empero los romanos, extendiendo sus conquistas hacia el Norte, arbolaron nuevas velas: Pitheas de Marsella, que anteriormente habia tocado en las riberas de donde debian venir un dia los destructores del imperio de los Césares, navegó hasta los mares de la Escandinavia; fijó la posicion del Cabo Sagrado y del Cabo Calbium (Finisterre) en España, reconoció la isla Uxisama (Ouessant), la de Albion, una de las Casitéridas de los cartagineses, y surgió á la famosa Thulé, que la antigüedad creyó fuese la Islandia, pero que segun todas las apariencias, es la costa del Jutland.

Julio César esclareció la geografía de los galos, comenzó el descubrimiento de la Germania y de las costas de la isla de los Bretones, y Germánico llevó las águilas romanas hasta las márgenes del Elba.

Estrabon, en el reinado de Augusto, comprendió en una obra, así los conocimientos de los viajeros que le habian precedido, como los que él mismo habia adquirido; pero si su geografía ofrece alguna novedad relativamente á algunas partes del globo, hace tambien retrogradar la ciencia en algunos puntos: Estrabon distingue las islas Casitéridas de la Gran Bretaña, y presume que las primeras (que segun esta hipótesis deben ser las Sorlingas), producian estaño: este metal se extraía de las minas de Cornouailles, y cuando el geógrafo griego escribia, hacia ya tiempo conocia el mundo romano el estaño de Albion, que llegaba á aquellos países atravesando las Galias.

En la Galia ó la Céltica suprime este geógrafo casi toda la península armoricana, y no conocia el Báltico aun cuando pasase ya por un gran lago salado, en cuya extension se hallaba la *Costa del ámbar amarillo*, que es la Prusia actual.

En la época en que florecia Estrabon, Hipalo fijó la navegacion de la India por el Golfo Árabe, experimentando los vientos regulares que llamamos *monzones*, tomando uno de estos vientos, el de Sud-Oeste que conducia á la India, el nombre de *Hipalo* de aquel intrépido navegante. Las flotas romanas partian por lo regular del puerto de Berenice, cuando el estío llevaba corrida la mitad de su carrera, y llegaban en treinta dias al de Ocelis ó Caná en la Arabia; de allí se dirigian al de Muziris, primera escala de la India, en cuarenta dias, invirtiendo por lo tanto setenta en la navegacion. El retorno, que se hacia en invierno, se verificaba en el mismo espacio de tiempo, de lo que resulta que los antiguos empleaban menos de cinco meses para ir y volver de las Indias. Plinio y el *Periplo* del mar Eritreo suministran estos curiosos detalles.

Despues de Estrabon, Dionisio el Periegeta, Pomponio Mela, Isidoro de Charax, Tácito y Plinio vienen á aumentar los conocimientos ya adquiridos acerca de las naciones antiguas. Plinio, sobre todo, es interesante por el número de viajes y relaciones que cita. Al leerle vemos con sentimiento se ha perdido una descripcion completa del imperio romano, hecha de orden de Agripa, yerno de Augusto, así como los Comentarios sobre el Africa escritos por el rey Juba, comentarios extractados de los libros cartagineses; tambien carecemos de una relacion de las islas Afortunadas de Stacio Seboso, las *Memorias* de la India por Séneca, y un *Periplo* del historiador Polibio, tesoros que con dolor llorará perdidos la posteridad. Plinio tuvo alguna noticia del Thibet; fijó el punto oriental del mundo en la embocadura del Ganges; al Norte entrevió las Orcades; conoció la Escandinavia, y dió el nombre de *Golfo Codan* al Mar Báltico.

Los antiguos tenían cartas itinerarias, y una especie de libros de postas. Vegesio distingue las primeras con el nombre de *picta*, y las segundas con el de *annotata*. De todos estos trabajos solo han llegado hasta nosotros: *el Itinerario de Antonino*; *el de Burdeos á Jerusalem*, y *la Tabla de Peutinger*. La parte superior de esta Tabla, que comenzaba en el Oeste, está desgarrada, y faltan la Península Española y el Africa Occidental: esta especie de carta se extiende al Este hasta la embocadura del Ganges, y marca rutas en el interior de la India; tiene veinte y un pies de largo por uno de ancho, y puede considerarse como una zona ó gran camino del mundo antiguo.

Hé aquí á lo que se reducían los trabajos y conocimientos de los viajeros, antes de la aparición de la obra de Tolomeo. El mundo de Homero era una isla completamente redonda, rodeada, como hemos dicho, por el rio Océano: Herodoto presentó aquel mundo como una llanura sin límites precisos: Eudoxio de Gnido le transformó en un globo de trece mil estadios de diámetro, próximamente; é Hiparco y Estrabon le dieron doscientos cincuenta y dos mil de circunferencia, de ochocientos treinta y tres estadios al grado. Sobre este globo se trazó un cuadrado cuyo costado mas largo corria de Occidente á Oriente, y dividido por dos líneas que se cortaban en ángulo recto, tomaban, la una el nombre de *diaphragma* marcando de Oeste á Este el largo ó *longitud* de la tierra, de setenta y siete mil ochocientos estadios; y la otra, una mitad mas corta, indicaba de Norte á Sur el ancho ó *latitud* de la tierra, comenzando los cómputos en el meridiano de Alejandria. Por esta geografía, segun la cual, la tierra era mucho mas ancha que larga, se alcanza el origen de esas expresiones impropias de *longitud* y *latitud*.

En esta carta del mundo habitado, se hallaban la Europa, el Asia y el Africa. Estas dos últimas se unían á las regiones australes, ó se separaban por un mar que reducía extraordinariamente el Africa. Los continentes terminaban, por la parte septentrional en la embocadura del Elba; por la meridional cerca de las orillas del Níger; por la occidental en el Cabo Sacro, en España, y por la oriental en las bocas del Ganges: la zona tórrida en el Ecuador, y las zonas glaciales en los polos, se consideraban incapaces de habitarse.

Curioso será observar que casi todos aquellos pueblos llamados *Bárbaros*, que conquistaron el imperio romano, y á los que deben su origen las naciones modernas, habitaban en la parte allende de los límites del mundo conocido por Plinio y Estrabon, es decir, en los países cuya existencia ni aun se sospechaba.

Tolomeo, que á pesar de su ciencia, cayó en gravísimos errores, fijó sobre bases matemáticas la posición de los lugares, y se vió aparecer en su trabajo un gran número de naciones sármatas. Indicó con exactitud el Volga, y bajó hasta el Vistula.

En Africa confirmó la existencia del Níger, y tal vez señaló á Tombouctou en Tucabath: citó tambien un gran rio que llamó *Gyr*.

En Asia, su país de los Sines no es seguramente la China, pero sí parece probable sea el reino de Siam. Supuso este geógrafo que el Asia, prolongándose hacia el Mediodía, se unía á una tierra desconocida, que se enlazaba á su vez, al Africa por el Oeste. En la Sérica de Tolomeo se descubre el moderno Thibet, que proveyó á Roma de la primera seda basta con que elaboró sus ricos trajes.

Si con Tolomeo acaba la historia de los viajes de los antiguos, con Pausanias terminan tambien las descripciones de la vetusta Grecia, cuyo genio ha respondido noblemente en nuestros dias á la voz de la nueva civilización. Las naciones bárbaras aparecen; el imperio romano se desmorona, y de la raza de los godos, francos y eslavos, salen otro mundo y otros viajeros.

Aquellos pueblos no eran otra cosa que grandes caravanas armadas que, desde las rocas de la Escandinavia y desde las fronteras de la China, marchaban al descubrimiento del imperio romano. Iban á enseñar á aquellos pretendidos señores del mundo, que habia otros hombres que los esclavos sometidos al yugo de los Tiberios y Neronos; venian á enseñar su país á los geógrafos del Tiber, y desde entonces fue una necesidad situar aquellas naciones en la carta, y creer en la existencia de los godos y de los vándalos, cuando Alarico y Genserico escribieron sus nombres en las paredes del Capitolio. No pretendo contar aquí las emigraciones y establecimientos de los bárbaros; solo buscaré en las ruinas que amontonaron, los anillos de la cadena que une los viajeros antiguos á los modernos.

Un trastorno notable se opera en las investigaciones geográficas, producido por el trastorno de los pueblos. Lo que los antiguos nos dan mejor á conocer es el país que ellos habitaban, pues mas allá de las fronteras del imperio romano, todo es para ellos desierto y tenebroso. Acaecida la invasión de los bárbaros, casi nada sabemos ya de la Grecia y de la Italia, pero en cambio empezamos á penetrar en las comarcas que vieron la infancia de los destructores de la antigua civilización.

Tres manantiales fecundos reprodujeron los viajes en los pueblos establecidos sobre las ruinas del mundo romano: el celo de la religion, el ardor de los combates, y el espíritu de aventuras y empresas, mezclado á la afección del comercio.

El celo de la religion condujo, así á los primeros, como á los últimos misioneros, á los países mas lejanos. Antes del cuarto siglo, ó por mejor decir, en tiempo de los Apóstoles, que no fueron otra cosa que peregrinos, los sacerdotes del verdadero Dios llevaron á todas partes la antorcha de la fe, y mientras que la sangre de los mártires corria en los anfiteatros, unos ministros de paz predicaban la misericordia á los vengadores de la sangre cristiana: los conquistadores estaban ya en parte conquistados por el Evangelio, cuando se presentaron ante los muros de Roma.

Las obras de los Padres de la Iglesia hacen mencion de una multitud de piadosos viajeros, mina prodigiosa que jamás será bastante explotada, y que encierra inmensos tesoros, aun considerada solo bajo el aspecto geográfico é histórico.

Ya en el siglo quinto de nuestra era, un monge egipcio recorrió la Etiopia, y aprovechó tan bien sus observaciones, que le debe la ciencia una topografía del mundo cristiano; un armenio llamado Chorenensis, escribió tambien una obra geográfica, y el historiador de los godos, Jornandés, obispo de Rávena, consigna ya en el siglo sexto, así en su historia como en su libro *De Origine mundi*, hechos importantísimos sobre los países del Norte y del Este de Europa. El diácono Varnefrid publicó una historia de los lombardos, y otro godo, el Anónimo de Rávena, dió un siglo despues la descripción general del mundo. El apóstol de Alemania, San Bonifacio, envió al papa unas especies de memorias sobre los pueblos de la Esclavonia, y los polacos aparecen por primera vez en el reinado de Othon II en los ocho libros de la preciosa Crónica de Ditmar. San Otton, obispo de Bemberg, á invitación de un cronista español llamado *Bernardo*, predica la fe recorriendo la Persia, y Otton vió el Báltico y quedó admirado de la extensión de este mar. Desgraciadamente ha desaparecido el diario del viaje que hizo el monge de Corbie, Auscaire, por Suecia y Dinamarca en tiempo de Luis el Benigno, á menos que no exista en la biblioteca del Vaticano, pues sabido es fue enviado á Roma en 1260. Adam de Bremen ha tomado de esta obra una parte de su propia relación de los reinos del Norte, y menciona además la Rusia que tenia por capital á Kiow á pesar de que en Les Sagas el imperio ruso sea llamado *Gardvike*, y que Holmgard, hoy

Novogorod, sea designada como la principal ciudad de aquel imperio naciente.

Giraud Barry y Dicuil trazan, el uno, el cuadro del principado de Gales y de la Irlanda en el reinado de Enrique II; y el otro retrocede á examinar las medidas del imperio romano en tiempo de Teodosio.

De la edad media tenemos mapas: un cuadro topográfico de todas las provincias de Dinamarca, hácia el año 1231, siete cartas del reino de Inglaterra, y de las islas cercanas, en el segundo siglo; y el famoso libro conocido con el nombre de *Doomsdaybook*, empezado por orden de Guillermo el Conquistador. Hállase en aquella estadística el catastro de las tierras cultivadas, habitadas ó desiertas de Inglaterra, el número de habitantes, así libres como siervos, y hasta el de los ganados y de las colmenas. En estas cartas están groseramente dibujadas las ciudades y abadias, y si bien es cierto que estos dibujos perjudican á los detalles geográficos, dan por otra parte una idea de las artes de aquel tiempo.

Las peregrinaciones de la Tierra Santa, comenzadas desde el siglo IV, forman una parte considerable de los monumentos gráficos de la edad media, pues San Gerónimo asegura iban peregrinos á Jerusalem desde la India, y la Etiopia, la Bretaña y la Hibernia; el *Itinerario de Burdeos á Jerusalem* parece haber sido compuesto hácia el año 333 para uso de los peregrinos de las Galias.

Los primeros años del siglo sexto nos proporcionan el *Itinerario de Antonino* de Placencia, y despues de él viene en el siglo séptimo, San Arculf, cuya relación escribió Adamanno; en el siglo octavo tenemos dos viajes á Jerusalem de San Guilbaldo, y una relación de los Santos Lugares por el venerable Beda; en el noveno, á Bernardo el Monge; y en los siglos décimo y undécimo á Olderic, obispo de Orleans, el griego Eugesipo, y en fin Pedro el Ermitaño.

Aquí empiezan las Cruzadas; Jerusalem permanece en manos de los príncipes franceses por espacio de ochenta y ocho años, y aun despues de la toma de esta ciudad por Saladino, los fieles continuaron visitando la Palestina, sucediéndose sin interrupción las peregrinaciones desde Focas, en el siglo trece, hasta Poocke, en el diez y ocho.

Con las Cruzadas se vieron renacer aquellos historiadores viajeros de que ofrece tantos modelos la antigüedad. Raimundo de Agiles, canónigo de la catedral de Puy en Velay, acompañó al célebre obispo Adhemar en la primera cruzada; y nombrado capellan del conde de Tolosa, escribió con Pons de Balazun, bravo caballero, todos los hechos de que fue testigo en el camino y toma de Jerusalem. Raul de Caen, leal servidor de Tancredo, nos pinta la vida de aquel caballero, y Roberto el Monge presencié el sitio de Jerusalem.

Sesenta años despues, Foulcher, de Chartres y Odon de Deuil, van tambien á la Palestina; el primero con Balduino, rey de Jerusalem, y el segundo con Luis VII, rey de Francia. Jacobo de Vitry se convierte en obispo de San Juan de Acre.

Guillermo de Tyro, que se muestra hácia el fin del reino de Jerusalem, pasó su vida en los caminos de Europa y Asia; muchos historiadores de nuestras antiguas crónicas fueron, ó monges ó prelados errantes, como Raul, Glaber, y Flooard, ó guerreros como Nithard, nieto de Carlomagno, Guillermo de Poitiers, Ville-Hardouin, Joinville, y tantos otros que cuentan sus lejanas expediciones. Pedro Devaulx Cernay era una especie de ermitaño en los espantosos campos de Simon de Montfort.

Invasidas las crónicas por la lengua vulgar, Froissard aparece en primer término; este escritor trazaba su historia sobre su corcel de batalla, y mas que una historia escribió sus viajes. Paseábase desde la corte de Inglaterra á la del rey de Francia, y desde esta á

la pequeña corte de los condes de Foix. «El tercer día de mi estancia en la ciudad de Paumiers, se me presentó por casualidad un caballero del conde de Foix que volvia de Aviñon, llamado el señor Espaign de Lyon, hombre valiente, entendido y apuesto caballero, que podria tener entonces veinte y cinco años. Le acompañé, y estuvimos seis dias en camino. Cabalgando, el dicho caballero (despues de rezar sus oraciones de la mañana), conversaba la mayor parte del dia conmigo, demandándome noticias; y cuando yo le preguntaba él me respondia tambien, etc.» Vese pues á Froissard llegar á los grandes palacios, comer poco mas ó menos á las horas en que comemos, ir al baño, etc. El exámen de los viajes de esta época me induce á creer que la civilización doméstica del siglo catorce estaba infinitamente mas avanzada de lo que imaginamos.

Retrocediendo al momento en que la Europa civilizada fue invadida por los pueblos del Norte, hallamos á los viajeros y geógrafos árabes, que marcan cortas desconocidas de los antiguos, en los mares de las Indias, siendo tambien muy importantes sus descubrimientos en la parte de Africa. Masudi, Ibn-Haukal, Al-Edrisi, Ibn-Alonardi, Abulfeda y El-Bakoni, dan descripciones extensas, así de su propia patria como de las comarcas sometidas á las armas árabes. Viajaban además por el Norte de Asia, por un país espantoso rodeado de una enorme muralla y un castillo de Gog y de Magog. Hácia el año 745, en tiempo del califa Walid, los árabes conocieron la China, á donde enviaban por tierra mercaderes y embajadores, penetrando despues por mar en el siglo nueve; Wahab y Abuzaid abordaron á Canton, y desde el año 850 los árabes sostuvieron un agente comercial en la provincia de este nombre; manteniendo su tráfico con algunas ciudades del interior; y ¡cosa singular! en aquellas remotas tierras hallaron comunidades cristianas.

Los árabes daban muchos nombres á la China: el Cathai comprendia las provincias del Norte, el Tchín ó el Sin, y las provincias del Mediodía. Introducidos en la India por la protección de sus armas, los discípulos de Mahomet hablan en sus narraciones de los hermosos valles de Cachemira con tanta precisión, como de los voluptuosos valles de Granada. Su dominación empero no se limitó solo á tierra firme, sino que colonizó muchas de las islas del mar Indico, entre los que figuran Madagascar y las Molucas, donde los hallaron los portugueses cuando doblaron el cabo de Buena-Esperanza.

Mientras que los mercaderes militares del Asia hacian en Oriente y Mediodía descubrimientos desconocidos á la Europa, subyugada por los Bárbaros, los septentrionales que quedaron en su primitiva patria, suecos, noruegos y dinamarqueses, emprendian por el Norte y Occidente otros descubrimientos; igualmente ignorados de la Europa franca y germánica. Other, el noruego, adelantaba por el mar Blanco, y Wufstan el dinamarqués describía el Báltico, que Eginard habia ya descrito, y que los escandinavos llamaban *el Lago salado del Este*. Wufstan cuenta que los Estienses, ó pueblos que habitaban al Oriente del Vistula, bebían la leche de sus yeguas como los tártaros, y dejaban por herederos á los mejores caballeros de su tribu.

El rey Alfredo, que ha sido el que ha conservado el compendio de estas relaciones, fue el primero que dividió la Escandinavia en las provincias ó reinos, que actualmente la dividen, país que en las lenguas góticas se llamó *Mannaheim*, que quiere decir *país de los hombres*, y que el latino del siglo sexto tradujo energicamente por el equivalente de estas palabras: *fábrica del género humano*.

Los piratas normandos que colonizaron á Dublin, Ulster y Connaught en Irlanda, exploraron y sometieron las islas de Shetland, las Orcades y las Hébridas, arribando á las islas Feroer y á la Islandia, archivos

de la historia del Norte, á la Groenlandia, desde entonces habitada y habitable, y por último, tal vez á la América de cuyo descubrimiento hablaremos mas adelante, así como del viaje y de la carta de los hermanos Zeni.

Pero el imperio de los califas cayó, y de sus ruinas brotaron muchas monarquías: el reino de los Aglabitas y despues los Fatimitas en Egipto, y los despotados de Argel, de Fez, de Trípoli y de Marruecos, en la costa africana. Los Turcomanos convertidos al islamismo, sometieron el Asia occidental desde la Siria hasta el Mont-Casbhar, y pasando á Egipto el poder otomano, borró las últimas huellas del imperio romano, dilatando sus conquistas hasta la parte allende del Danubio.

Gengis-Kan aparece, y el Asia es transtornada y subyugada de nuevo; Okaï-Kan destruye el reino de los Cumanos y de los Niutclais; Mangu se apodera del califato de Bagdad; Kublaï-Kan invade la China y una parte de la India; y de aquel imperio mogol, que consiguió reunir bajo un mismo yugo casi el Asia entera, nacieron los kanats que encontraron los europeos en la India.

Los príncipes europeos, espantados de aquellos tártaros que habían extendido la devastación hasta la Polonia, la Silesia y la Hungría, trataron de conocer las tierras de donde partía aquel prodigioso movimiento; y los papas y los reyes enviaron embajadores á aquellos nuevos instrumentos del azote de Dios. Ascelin, Carpin y Rubruquis penetraron en el país de los Mogoles, y este último encontró que Caracorúm, ciudad capital de aquel kan, señor del Asia, tenía poco mas ó menos la extensión del villorrio de San Dionisio, y estaba rodeada de una muralla de tierra en que se veían dos mezquitas y una iglesia cristiana.

Hicieronse dos itinerarios de la Gran-Tartaria para uso de los misioneros, y Andrés Lusimel consiguió predicar el Cristianismo á los Mogoles, mientras Ricold de Monte-Crucis penetraba tambien en la Tartaria.

El rabino Benjamin de Tudela, ha dejado una relación de lo que ha visto ó de lo que ha oído decir de las tres partes del mundo (1160).

Y por último, Marco Polo, noble veneciano, no cesó de recorrer el Asia por espacio de veinte y seis años, siendo el primer europeo que penetró en la China, en la India allende el Ganges, y en algunas islas del Océano Indio (1271-95). Su obra llegó á ser el manual de los comerciantes en Asia, y de los geógrafos en Europa.

Marco Polo cita á Pekín y Nankin, y nombra además una ciudad de Quinsai, que dice ser la mas grande del mundo: contábanse en ella doce mil puentes sobre otros tantos canales que la atravesaban, y añade, se consumían diariamente noventa y cuatro quintales de pimienta. El viajero veneciano hace mención en sus narraciones de la porcelana; pero nada absolutamente habla del té, y á su diligencia esquisita se debe el conocimiento de Bengala, Japon, isla de Borneo y mar de la China, en el que cuenta siete mil cuatrocientas cuarenta islas, abundantes en especería.

Los príncipes tártaros ó mogoles, que dominando el Asia pasaron á algunas provincias de Europa, tenían su mérito especial, pues no solo no sacrificaban, sino que ni aun reducían á esclavitud á sus prisioneros. Sus campos estaban llenos de obreros, de misioneros y de viajeros que ocuparon empleos importantes, aun en tiempo de su dominación, y se penetraba con mas facilidad en su imperio que en aquellas regiones feudales, donde un abad de Cluní tenía las cercanías de París por una comarca tan lejana y desconocida, que no osaba penetrar en ella.

Despues de Marco Polo vinieron Pegoletti, Oderico, Mandeville, Clavijo, Josafat y Bárbaro, que acabaron de descubrir el Asia, no contribuyendo poco á este

adelanto los frecuentes viajes por tierra que ya en esta época se hacían á Pekín, y cuyos gastos se elevaban á trescientos ó cuatrocientos ducados. Además de este medio de cambio, había papel-moneda que se llamaba *babisci ó balis*.

Los genoveses y venecianos hicieron el comercio de India y China en carávanas, y por dos rutas diferentes: Pegoletti marca circunstanciadamente las estaciones de una de ellas (1353). En 1312 se encontró en Pekín un obispo llamado *Juan de Monte Corvino*.

Empero el tiempo marchaba: la civilización hacia rápidos progresos, y los descubrimientos debidos á la casualidad ó al genio del hombre, separaban para siempre los siglos modernos de los antiguos, é imprimían un sello nuevo á generaciones nuevas tambien. La brújula, la pólvora de cañon y la imprenta, eran llamadas á guiar al navegante, á defenderle y á recordarle las expediciones peligrosas.

Los griegos y romanos se habían criado á las orillas de aquella extensión de agua interior, que mas bien parece un gran lago que un océano; pero habiendo pasado el imperio á los bárbaros, el centro del poder político se situó principalmente en España, Francia é Inglaterra, en la proximidad de aquel mar Atlántico, bañado en su parte occidental por riberas desconocidas. Fue necesario habituarse á arrostrar largas noches y horribles tempestades, á prescindir completamente de las estaciones, á abandonar los puertos, así en los días caliginosos del invierno como en los tranquilos del estío, y á construir navios cuya fuerza estuviese en proporción con las del nuevo Neptuno con quien tenían que luchar.

Ya hemos insinuado las atrevidas empresas de aquellos piratas del Norte, que segun la expresión de uno de sus panegiristas, parecían haber visto en todo su horror el fondo del abismo; pero debemos tambien tener en cuenta que las repúblicas formadas en Italia de los restos de Roma y de los reinos de los godos, vándalos y lombardos, continuaron y perfeccionaron la antigua navegación del Mediterráneo. Las flotas venecianas y genovesas habían conducido los cruzados á Egipto, Palestina, Constantinopla y Grecia, y habían ido á buscar en Alejandría y el Mar Negro, las ricas producciones de la India.

En fin, los portugueses perseguían en África á los moros expulsados de las riberas del Tajo, y por lo tanto se necesitaban naves que siguiesen y alimentasen á los combatientes en aquellas dilatadas costas. El cabo Nuñez detuvo largo tiempo á los pilotos; pero doblado por Jiliane en 1433 se descubrió, ó mejor dicho, se volvió á encontrar la isla de la Madera: las Azores surgieron del seno de las olas, y como desde el tiempo de Tolomeo se estaba en la persuasión de que el Asia se aproximaba al Africa, se creyó que estas eran las islas que, segun Marco Polo, limitaban el Asia en el mar de las Indias. Háse pretendido que en las playas de la isla de Corvo se elevaba una estatua ecuestre en actitud de señalar con el dedo el Occidente; opinión que parece justificarse por las monedas fenicias halladas en aquella isla.

Del cabo Nuñez viraron los portugueses al Senegal, pasando sucesivamente á las islas de Cabo-Verde, costa de Guinea, cabo Mesurado, Sur de Sierra-Leona, Benin y el Congo; y Bartolomé Diaz llegó en 1486 al famoso cabo de las Tormentas, cuyo nombre se cambió en otro mas propicio.

Tambien fue reconocida aquella extremidad meridional del Africa, que segun los geógrafos griegos y romanos debía reunirse al Asia, y en la que se encontraban las regiones misteriosas en que no se había penetrado aun sino por aquel mar prodigioso que vió á Dios, y huyó: *Mare vidit et fugit*.

«Un espectro inmenso, espantoso, se levanta á nuestra vista: su actitud es amenazadora, su aire, feroz, su color pálido, su barba espesa y fangosa, su ca-

bellera está sobrecargada con el peso de la tierra cenagosa que á ella está asida; sus labios son negros; sus dientes lívidos, y oprimidos por sus espesas cejas, se mueven incesantemente sus centellantes ojos. . . .

«Habla, y su voz formidable parece salir de las simas de Neptuno. . . .

«Soy el genio de las tempestades, dice; yo revisto con todo el pavoroso aspecto del terror ese vasto promontorio que ni los Tolomeos, los Estrabones, los Plinios y los Pomponios, ni ninguno de vuestros sabios ha conocido. Yo pongo aquí un límite á la tierra africana en la cima que mira al polo Antártico, y que hasta hoy, velada á las miradas de los mortales, se indigna en este momento de vuestra audacia.

«De mi carne desecada, de mis huesos convertidos en rocas, los dioses, los inflexibles dioses, han formado el gigantesco promontorio que domina estas vastas ondas. . . .

«Al terminar estas palabras, vertió un torrente de lágrimas y desapareció. A su huida se disipó la nube tenebrosa, y el mar pareció exhalar un prolongado gemido (1).»

Vasco de Gama terminando una navegación de eterna memoria, abordó en 1418 á Calicut en la costa de Malabar.

Todo varia entonces en la superficie del globo: el mundo de los antiguos está destruido. El mar de las Indias no es ya un mar interior, un recinto rodeado por las costas asiáticas y africanas; es un océano que por un lado se une con el Atlántico, y por otra con los mares de la China y con un mar de Levante mas vasto aun. Cien reinos civilizados, ya árabes ó ya indios, mahometanos ó idólatras, y voluptuosas islas embalsamadas con delicados aromas, se revelan á los pueblos de Occidente. Una nueva naturaleza aparece, y el velo que ocultó por millares de siglos una parte del mundo, se descubre: descúbrese la patria del sol, mansion encantadora de donde sale todas las mañanas para dispensar la luz; desplégase á la vista sin obstáculos que se opongan, aquel sabio y brillante Oriente, cuya historia se relaciona tanto con los viajes de Pitágoras, las conquistas de Alejandro y los recuerdos de las Cruzadas, y cuyos perfumes han llegado hasta nuestros días, atravesando los campos de la Arabia y los mares de la Grecia. La Europa la envió un poeta para saludarla, cantarla y pintarla, noble embajador, cuya fortuna y genio parecían simpatizar con las regiones y destinos de los pueblos de la India. El poeta del Tajo hizo escuchar su triste y armoniosa voz en las orillas del Ganges; las arrebató sus encantos, su renombre y sus desgracias, dejándolas sus riquezas.

Un reducido pueblo, encerrado en un círculo de montañas á la extremidad occidental de la Europa, se abre un camino á la parte mas pomposa de la vivienda del hombre.

Tambien otro pueblo de esa misma península, pueblo no restablecido aun á su antigua grandeza, se une á un pobre piloto genovés repudiado de todas las éortas, y ambos descubren un nuevo universo á las puertas del Ocaso, en el momento mismo en que los portugueses abordaban á los campos de la Aurora.

¿Los antiguos han conocido la América?

Homero colocaba el Eliseo en el mar occidental, al lado allende de las tinieblas ciméricas: ¿era esta la tierra de Colon?

La tradición de las Hespérides, y mas tarde la de las islas Afortunadas, sucedieron á la del Eliseo, y aun cuando los romanos creyeron ver las islas Afortunadas en las Canarias, no destruyeron la creencia popular de la existencia de una tierra mas lejana aun en la parte occidental.

Nadie hay que ignore cuanto se ha dicho de la Atlántida de Platon, continente que al parecer debía ser

(1) Las Luisiadas.

mayor que el Asia y el Africa reunidas, y que estaba situado en el Océano Occidental en frente del Estrecho de Gades; posición exacta de la América. En cuanto á las ciudades florecientes, á los diez reinos gobernados por los reyes, hijos del Neptuno, etc., la imaginación ardiente de Platon ha añadido estos detalles á las tradiciones egipcias. La Atlántida fue sumergida, se dice, en un día en el fondo de las aguas; esta opinión equivale á desembarazarse á la vez de las narraciones de los navegantes fenicios, y de las consejas del filósofo griego.

Aristóteles habla de una isla tan llena de encantos, que el senado de Cartago prohibió á sus marinos frecuentasen aquellos parajes bajo pena de muerte; y Diodoro nos cuenta la historia de una isla considerable y lejana, donde los cartagineses habían resuelto trasladar la metrópoli de su imperio, si en Africa experimentasen algun desastre.

¿Qué se hizo de aquella Panchœa de Evhemero, negada por Estrabon y Plutarco y descrita por Diodoro y Pomponio Mela, inmensa isla situada en el Océano al Sur de la Arabia, isla encantada donde el fénix construía su nido sobre el altar del sol?

Segun Tolomeo, las extremidades del Asia se reunían en una tierra desconocida que se unía al Africa por el Occidente.

Casi todos los monumentos de la antigüedad indican un continente austral, y yo no puedo conformarme con la opinión de los sabios que no ven en este continente mas que un contrapeso sistemático, imaginado para equilibrar las tierras boreales: este continente, ciertamente se prestaba maravillosamente á ocupar los espacios vacíos de las cartas; pero tambien es muy posible fuese el recuerdo confuso de una tradición, y su situación al Sur de la rosa náutica mas bien que al Oeste, sería tal vez un error insignificante entre las enormes trasposiciones de los geógrafos de la antigüedad.

Quedan como últimos indicios, las estatuas y medallas fenicias de las Azores, si no son ya aquellas estatuas adornos de grabado aplicados á los antiguos portulanos de este archipiélago.

Desde la caída del imperio romano y la reconstrucción de la sociedad por los bárbaros, no habrá tocado en las costas de América alguna otra nave anterior á las de Cristobal Colon?

Respecto á este punto parece indudable que los rudos exploradores de los puertos de la Noruega y del Báltico, encontraron la América Septentrional en el primer año del siglo xi. Descubiertas por ellos las islas Feroer hácia el 861, la Islandia de 860 á 872, y la Groenlandia en 982 ó tal vez cincuenta años despues, en 1001 un islandés llamado *Biorn* fue arrojado por una tempestad al Sud-Oeste cuando pasaba á la Groenlandia, y cayó en una tierra baja cubierta de bosques. Vuelto á la Groenlandia, contó su aventura, y Leif, hijo de Erico Randa, fundador de la colonia noruega de Groenlandia, se embarcó con Biorn: á fuerza de trabajos encontraron la isla, vista por este, y del aspecto agreste que presentaba la intitularon *Helleland*, isla rocallosa, y *Mareland*, ribera arenosa. Arrastrados á una segunda costa, siguieron mar arriba una ribera, é invernaron en la orilla de un lago. En aquel sitio el sol permanece ocho horas en el horizonte en el día mas corto, y un marinero alemán al servicio de los dos gefes, les mostró algunas vides silvestres: Biorn y Leif, al abandonar aquella tierra la bautizaron con el nombre de *Vinland*.

Desde esta época, el Vinland ha sido frecuentado por los groenlandeses que mantienen con los salvajes, el comercio de peletería, y en 1121 pasó de Groenlandia á este país, el obispo Erico, para predicar el Evangelio á los naturales.

Imposible es desconocer que estos detalles se refieren á alguna parte de la América Septentrional, situada